

TELMA LUZZANI

TODO

LO QUE NECESITÁS
SABER SOBRE

LA GUERRA FRÍA



PAIDÓS

Telma Luzzani

TODO

LO QUE NECESITÁS
SABER SOBRE LA

GUERRA FRÍA

Investigación: Ariadna Dacil Lanza

 PAIDÓS



01. ¿Qué fue la Guerra Fría?

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el orden internacional quedó drásticamente alterado. Emergieron dos potencias nuevas, de ideologías antagónicas, que se disputaron la hegemonía global durante casi cinco décadas: Estados Unidos y la Unión Soviética. De una manera u otra, el mundo se organizó en torno a estos dos polos. Este período único en la historia se denominó Guerra Fría.

Entre 1945 y 1991 el mundo vivió un período histórico inusual. Por primera vez, el escenario internacional se organizó en torno a la rivalidad de dos países que defendían principios ideológicos totalmente antagónicos: el capitalismo, liderado por Estados Unidos, y el socialismo, promovido por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Este período de extrema polarización, cuya influencia llegó hasta los últimos rincones del planeta, se conoció con el nombre de Guerra Fría, (GF).

El proceso de transformación había comenzado casi con el siglo XX y tuvo una fuerte aceleración con el triunfo de la Revolución rusa de 1917 y los cambios sociales y político-territoriales provocados por la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Luego, entre 1939 y 1945, con la Segunda Guerra Mundial (SGM), la humanidad atravesó una de las experiencias más radicales de su historia. Los odios ilimitados, el regodeo en la barbarie, la degradación propia y del prójimo y, sobre todo, el poder destructor de las armas —Hiroshima y Nagasaki son la prueba más fehaciente— nunca antes se habían llevado a ese límite.

Al finalizar esta contienda y con la estructura mundial drásticamente alterada, EE.UU. y la URSS compitieron por la hegemonía. Sus cosmovisiones, sus objetivos y sus intereses eran tan opuestos que parecía imposible la coexistencia de ambos en el mismo planeta. Disputaron en todos los frentes —político, económico, cultural, científico, social, deportivo y, obviamente, militar— pero ninguno de los dos tomó acciones directas contra el otro, es decir que no hubo un enfrentamiento armado abierto, como había sucedido antes de 1945 con las dos conflagraciones mundiales.

¿Sabías que... en el siglo XIV, el infante don Juan Manuel de España fue el primero en usar la expresión *guerra fría*? No fue en su obra más difundida, *El conde Lucanor*, sino en el *Libro de los Estados*, donde la utiliza para referirse a las visiones enfrentadas de cristianos y musulmanes.

La GF fue un período breve e intenso, ya que duró apenas cuarenta y seis años, pero en ese lapso, la humanidad temió desaparecer en varias ocasiones víctima de una explosión nuclear.

1. Dos potencias en pugna

La SGM dejó vastas zonas en ruinas, poblaciones desesperadas y un sistema internacional colapsado. La Alemania nazi estaba derrotada y el Reino Unido, hasta entonces la gran potencia mundial, destruido y declinante. La URSS estaba exhausta. El monumental esfuerzo requerido para derrotar al nazismo implicó enormes cantidades de pérdidas humanas (más de 26 millones de personas, un 13,7% de su población) y materiales (incalculables daños en agricultura y ganadería, pérdida del 20% de su capacidad industrial y más de 70.000 pueblos y ciudades arrasados).

Todo esto facilitó el ascenso de EE. UU. como potencia dominante. Salió de la guerra sin ningún daño en su territorio continental, sin muertos civiles y con solo 220.000 soldados caídos. Era el principal acreedor mundial, la mayor economía y avanzó en campos inexplorados hasta entonces como la astronáutica y la energía nuclear.

Sin embargo, como dijo alguna vez el historiador británico Eric Hobsbawm, la esperanza social estaba del lado comunista. Las razones eran muchas. Al terminar la SGM, el concepto de lucha de clase, la lectura que Karl Marx había hecho del capitalismo e incluso la Revolución rusa habían influido profundamente en el pensamiento de muchos intelectuales y jóvenes. Por otro lado, en Europa, durante la ocupación nazi, los comunistas habían demostrado un alto nivel de heroísmo y entrega, y habían sido la columna vertebral de los movimientos de resistencia (habían aportado a la formación de cuadros, a la preparación física y moral para la

lucha, a la organización y a la disciplina de esos grupos); por este motivo, gozaban de prestigio e influencia sobre las mayorías.

Este era el panorama cuando, en febrero de 1945, como la capitulación de los nazis era solo cuestión de meses, el presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt (1933-1945), el líder soviético Iósif Stalin (1924-1953) y el primer ministro británico Winston Churchill (1940-1945 y 1950-1955) se reunieron en la pequeña ciudad ucraniana de Yalta para negociar las nuevas fronteras de la futura “Europa liberada” y la delimitación de las áreas de injerencia de cada parte. En resumen, se repartieron las zonas de influencia del capitalismo y del comunismo. Alemania quedó fragmentada: una parte socialista, la República Democrática de Alemania (RDA), y otra capitalista, la República Federal de Alemania (RFA). Berlín se dividió en cuatro: una parte para cada uno de los “aliados” vencedores: URSS, EE. UU., Gran Bretaña y Francia.

EE. UU. aspiraba a la primacía global, pero la URSS, a pesar de sus enormes dificultades, irrumpió como una seria competidora, ya que el modelo comunista seguía ganando adeptos. Ante ese escenario, Washington actuó con celeridad. Por una parte, creó los organismos nacionales e internacionales necesarios para consolidar su poder en esa nueva fase mundial (al menos sobre la parte del planeta donde ejercía influencia) y, por otra, adoptó una doctrina estratégica conocida como “contención”, que apuntaba a vencer a la URSS. Uno de los pilares de esa estrategia fue el Plan Marshall de recuperación para los países de Europa Occidental. Washington temía que la escasez de insumos durante la posguerra desatara una crisis económica, seguida de una desestabilización que podía conducir a nuevas revoluciones sociales de orientación comunista.

2. Una nueva organización mundial

De acuerdo a lo negociado en Yalta, el 26 de junio de 1945, en San Francisco (EE. UU.), se creó la Organización de Naciones Unidas (ONU) y su Consejo de Seguridad, órgano que les otorgaba el derecho a veto a las cinco potencias ganadoras: Francia, Reino Unido, EE. UU., URSS y China. Por presión de la Casa Blanca, se incluyó una cláusula por la cual EE. UU. se reservaba “el derecho de tratar unilateralmente las cuestiones que eventualmente surgieran en

América Latina”, es decir, nuestra región quedó fuera de la jurisdicción de la ONU y bajo el dominio de Washington.

Para consolidar el control total sobre el continente americano, EE. UU. creó, además, en 1948, la Organización de Estados Americanos (OEA). Un ejemplo claro de su funcionamiento se vio en 1954, con el golpe de Estado (el segundo de decenas que organizó la CIA durante la GF) contra el legítimo presidente de Guatemala, Jacobo Árbenz (1951-1954). Cuando ingresaron fuerzas mercenarias armadas desde Honduras para derrocarlo, Árbenz intentó llevar el caso al Consejo de Seguridad de la ONU, pero EE. UU. lo trabó con el argumento de que primero debía intervenir la OEA. En la década de 1960, Washington utilizó la OEA contra Cuba y, actualmente, la usa contra Venezuela.

En el campo económico, en julio de 1944, en Bretton Woods, EE. UU. impulsó la creación del Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD) —luego Banco Mundial— y el Fondo Monetario Internacional (FMI). El objetivo era estabilizar y controlar el comercio global. Ambos bancos comenzaron a operar a partir de 1946.

En el plano militar, en 1949, EE. UU. formó la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), una alianza militar con algunos países de Europa Occidental que, en la práctica, significó la subordinación de la fuerza bélica europea al Pentágono, situación que continúa hasta nuestros días. En contrapartida, la URSS formó una alianza militar con los países de Europa del Este, el Tratado de Amistad, Colaboración y Asistencia Mutua, más conocido como el Pacto de Varsovia por la ciudad donde se firmó el acuerdo, en 1955.

En el plano nacional, el 26 de julio de 1947, la Casa Blanca ordenó la creación de dos organismos de inteligencia: la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) y el Consejo Nacional de Seguridad (NSC, por sus siglas en inglés) con el fin de recopilar información e intervenir en forma secreta en los asuntos de otros países. La CIA institucionalizó conceptos como “la mentira necesaria” o “la negación creíble” como estrategias legítimas en tiempos de paz. Incluyó entre sus acciones la “guerra de propaganda”, entendida como “todo esfuerzo o movimiento organizado para distribuir información o una doctrina particular mediante

noticias, opiniones o llamamientos pensados para influir en el pensamiento y las acciones de determinados grupos”, según el documento de National Security Council Directive, del 10 de julio de 1950, citado en “Informe final del Comité elegido para el estudio de las operaciones gubernamentales con respecto a las actividades de inteligencia” (Final Report of the Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities), United States Government Printing Office, Washington, 1976, mencionado en el libro de Frances Stonor Saunders.

Por su parte, la URSS reestructuró sus organismos de inteligencia para la nueva era. La Checa, creada en 1917, que realizaba tareas de inteligencia, contraespionaje e investigación política para la “dictadura del proletariado”, se transformó en 1943, tras la invasión nazi, en el Comisariado del Pueblo para la Seguridad del Estado (NKGB, por sus siglas en ruso). Se le sumaron actividades de sabotaje en la retaguardia de las fuerzas alemanas y detección de agentes extranjeros dentro de la URSS. También se orientó a eliminar lo que quedaba de los partidos antisoviéticos y las formaciones contrarrevolucionarias en la población, la industria, el sistema de transporte, la comunicación, la agricultura, etc.

En 1953 murió el líder soviético Iósif Stalin. Su sucesor, Nikita Jruschov (1953-1964), encaró una profunda revisión del proceso anterior y le dio un giro a la política conocida con el nombre de *desestalinización*. La renovación también alcanzó al servicio secreto, uno de los organismos más temidos por la población. Se disolvió en 1954, se dio de baja al 52% del personal y se formó el Comité para la Seguridad del Estado (KGB). Las funciones de este

¿Cuándo comenzó la GF? Hay quienes señalan el 6 y 9 de agosto de 1945, cuando EE. UU. atacó unilateralmente con bombas atómicas las poblaciones civiles japonesas de Hiroshima y Nagasaki, respectivamente. La orden de aniquilación dada por el presidente Harry Truman no fue una simple demostración de poder, sino una advertencia: había un nuevo orden mundial y EE. UU. exigía total acatamiento so pena de sufrir un ataque nuclear. Otros historiadores marcan como la fecha de inicio el 12 de marzo de 1947, cuando Truman anunció ante el Congreso la voluntad de “ayudar a los pueblos libres a preservar sus instituciones e integridad frente a los movimientos agresivos que tratan de imponerles regímenes totalitarios”, es decir, que estaban dispuestos a intervenir a nivel mundial para combatir lo que ellos consideraban “totalitarismos”.

nuevo organismo incluían, entre otras, la inteligencia exterior, el contraespionaje, la vigilancia de las fronteras, la protección de los líderes del Partido Comunista y del Gobierno, y la lucha contra el nacionalismo, la disidencia, el crimen y las actividades antisoviéticas. La disolución de la KGB se aprobó en octubre de 1991, por decreto del último mandatario soviético, Mijaíl Gorbachov (1985-1991). Borís Yeltsin, quien fue el primer presidente de Rusia, entre 1991 y 1999, firmó, en diciembre de 1993, un decreto para formar el Servicio Federal de Contrainteligencia, que menos de dos años más tarde se rebautizó como Servicio Federal de Seguridad (FSB, por su acrónimo en ruso).

3. Los países comunistas

Cuando comenzó la GF, la URSS era el país más grande del mundo: tenía una superficie de 22,4 millones de kilómetros cuadrados (el equivalente a 58 veces Japón, 44 veces España y casi 10 de Argentina). EE. UU. era el cuarto país con mayor territorio, con 9,3 millones de kilómetros cuadrados. Con el derrumbe de la URSS, Rusia se quedó con 17,1 millones de kilómetros cuadrados y sigue siendo un país plurinacional y el más extenso del mundo.

La URSS estaba compuesta por quince repúblicas. Además de Rusia, integraban esa federación de naciones Ucrania, Bielorrusia, Azerbaiyán, Armenia, Moldavia, Georgia, Kirguistán, Kazajistán, Turkmenistán, Uzbekistán, Tayikistán, Letonia, Lituania y Estonia. Por otra parte, ocho países de Europa del Este, limítrofes con la URSS, formaban parte del bloque comunista y, según lo acordado en Yalta, se consideraban “zona de influencia soviética”: Polonia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Checoslovaquia y la República Democrática Alemana (RDA). Estaban gobernados por partidos comunistas inspirados en el modelo marxista-leninista soviético, que proponía una economía estatal planificada y el gobierno de un partido único, el Partido Comunista. Albania y Yugoslavia eran países afines a la URSS, pero más independientes. La Yugoslavia liderada por Josip “Tito” Broz (1944-1980) se distanció de la URSS en 1948, sin mayores consecuencias.

La Constitución soviética de 1924 estableció un sistema de gobierno con tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial. El poder

legislativo lo ejercía el Sóviet Supremo de la URSS (1938-1991), que a su vez tenía dos cámaras (Sóviet de la Unión y Sóviet de las Nacionalidades) y era el encargado de nombrar el Presidium del Sóviet Supremo, cuyo presidente era el jefe de Estado además del líder de la legislatura. El Poder Ejecutivo estaba formado por un Consejo de Ministros (1946-1991), cuyo presidente era el jefe de Gobierno. El poder judicial lo ejercía la Corte Suprema. Cada república soviética tenía a su vez sus propios ejecutivos, legislativos y judiciales.

En Europa del Este, zona de influencia soviética, la expectativa de construir un mundo igualitario, de trabajo y paz, sobre las ruinas del capitalismo tuvo en la posguerra un gran apoyo popular. Aunque hubo pueblos más afines que otros a esta ideología política, en general, los nuevos gobiernos comunistas gozaron de legitimidad y respaldo. Estos países avanzaron en su proceso de industrialización de un modo que jamás hubieran logrado sin la ayuda de Moscú.

En la década de 1950, la desestalinización afectó no solo la estructura del Partido Comunista de la URSS (PCUS), sino también a todos los movimientos comunistas y aliados del bloque soviético. Empezaron a observarse las primeras grietas. Hungría, en 1956, fue el primer caso: anunció que quería ser “neutral”, es decir, que no se identificaría con ninguno de los dos bloques, y que se retiraba del Pacto de Varsovia, lo que generó una intensa polémica. Intervino el Ejército soviético. Poco después, llegó al poder un gobierno reformista, el de János Kádár (primer ministro entre 1956 y 1958 y entre 1961 y 1965) que liberalizó con bastante éxito el régimen, dentro de esquemas aceptables para el Kremlin.

Una década después, Rumania, bajo el mando de Nicolae Ceaușescu (1967-1989), empezó a tomar distancia de Moscú por cuestiones de nacionalismos. Por su parte, Checoslovaquia, en 1968, promovió una serie de reformas que resultaron señales preocupantes para Moscú. Empezaron las presiones para flexibilizar tanto el sistema de planificación soviético como la política y la cultura. La respuesta del Kremlin fue la represión, lo que aceleró el fin del comunismo en Europa del Este, que llegaría en 1989.

¿Cuándo terminó la GF? También hay dos fechas. Muchos consideran que fue el 9 de noviembre de 1989 cuando, ante los ojos azorados del mundo, los alemanes comunistas fueron autorizados a pasar libremente a la Alemania capitalista: la famosa caída del Muro de Berlín. En los hechos, tuvieron que pasar dos años más para que la URSS se desintegrara efectivamente y se

dividiera en quince repúblicas diferentes. Cada una, a su manera, se volcó al capitalismo. La fecha emblemática en que EE. UU. quedó como la única superpotencia sobreviviente fue el 26 de diciembre de 1991, día en que la bandera soviética roja con la hoz y el martillo en dorado se arrió de la cúpula del Kremlin y, en su lugar, se izó la tricolor de la Federación Rusa.

4. El peligro rojo

En Occidente, entre tanto, desde que había estallado la Revolución Bolchevique de 1917, las corporaciones estadounidenses y las oligarquías conservadoras de Europa veían en la Rusia de los sóviets al mismísimo demonio. Internamente, aplicaban políticas de combate de los movimientos de izquierda y, en política exterior, buscaron aislar a la URSS.

Son conocidas las persecuciones a anarquistas, comunistas y socialistas en EE. UU. Durante el gobierno del Woodrow Wilson (1913-1921) eran comunes las redadas nocturnas a las casas de los inmigrantes que militaban en los sindicatos para apresarlos y luego expulsarlos del país. En Europa, sobre todo en Alemania, el impacto de la Revolución rusa fue aún mayor, y las clases dominantes estaban aterradas por la creciente influencia que tenían las ideas marxistas en los movimientos obreros. Aunque no se admite, esa fue la razón por la que gran parte de las élites occidentales apoyaron el fascismo: tenían la expectativa de que ese movimiento de masas absorbiera las contradicciones y frenara cualquier fuerza insurreccional capaz de cambiar realmente el sistema. En Alemania, el discurso nazi siempre apuntaba a luchar contra la conspiración “judeo-bolchevique”.

El aislamiento económico de la URSS también fue una medida de la primera hora. Lenin intentó atraer inversiones europeas y estadounidenses para impulsar el desarrollo económico de la joven revolución, a cambio de concesiones, pero no logró nada. De hecho, EE. UU. no reconoció diplomáticamente a la URSS

hasta 1933. Los soviéticos se vieron obligados a encarar un camino autárquico, apartado de la economía mundial.

Después de la SGM, la URSS tampoco recibió la ayuda económica pactada que tanto necesitaba. EE. UU. solo ayudó a la Europa capitalista, a través del Plan Marshall, y nunca atendió la petición soviética de un crédito de posguerra (presentada antes del encuentro de Yalta, en 1945) con el argumento de que se le había “traspapelado”.

Pero, mal que les pesara a las clases dirigentes, a mediados del siglo XX, las ideas comunistas seguían contando con un campo propicio a nivel popular. Se había instalado la percepción de que el mundo podía cambiar para mejor y de que había leyes históricas que se cumplirían indefectiblemente. La noción de que el imperialismo era la etapa superior del capitalismo y de que el comunismo, por su propia superioridad, lo vencería, era parte del sentido común de la época. Por eso, en la década de 1950, era imposible prever qué rumbo tomaría el mundo. Sobre todo, Europa. En las primeras elecciones de posguerra, la izquierda ganó un importante número de escaños en los parlamentos. En Francia, los comunistas fueron los más votados en 1945. Los intelectuales —comunistas o no— simpatizaban con esas ideas. Charles De Gaulle (presidente entre 1959 y 1969), durante la GF, rechazó ser parte de los planes estadounidenses de dominación global y sacó a Francia de la OTAN.

El Partido Comunista Italiano, que antes de la guerra era un partido menor, pasó a tener casi 2 millones de afiliados en 1946. En Bélgica, Dinamarca y Holanda la izquierda obtuvo el 11% de legisladores, mucho más de lo que nunca habían conseguido.

La derecha, en cambio, retrocedía aceleradamente. El caso más patético fue el de Winston Churchill, cuyo liderazgo había sido fundamental para el triunfo del Reino Unido durante la SGM, pero, aun así, perdió en las elecciones de 1945. Los británicos veían el conservadurismo como parte del pasado y el laborismo como el futuro, es decir, consideraban que el Partido Laborista era el único capaz de llevar a cabo una transformación social. Los votos al laborismo aumentaron un 50% y en los cinco años siguientes, el partido implementó una serie de reformas sociales sin precedentes.

Tanto en los países de América Latina como en los de África y Asia —que continuaban siendo todavía colonias explotadas por los europeos—, la Revolución rusa se veía como un referente y una esperanza.

En ese marco, ante la posibilidad de un mundo que se podía inclinar por un cambio revolucionario profundo, EE. UU. apeló a dos herramientas del poder blando: la demonización del adversario y la victimización.

1. *La demonización.* A pesar de que la URSS, durante la posguerra, no estaba en condiciones de realizar ninguna expansión territorial y se limitó a vigilar su zona de influencia, EE. UU. promovió la idea de que su rival estaba decidido a conquistar el planeta, imponer una dictadura comunista, expropiar las posesiones de los ciudadanos, lavarles el cerebro a niños y jóvenes y martirizar a los disidentes.
2. *La victimización.* De modo paralelo, EE. UU. se mostró a sí mismo como el referente del “mundo libre” y la democracia y, por eso, decía ser el blanco del odio soviético. Una potencial amenaza exterior (en algún momento la supuesta “conspiración ateo-comunista mundial” llegó a convertirse en histeria pública) facilitó la aprobación de leyes, las persecuciones internas y la obtención de abultados presupuestos para financiar un vasto aparato de inteligencia, además del complejo militar industrial.

5. La teoría de la contención

Al mismo tiempo, Washington adoptó la doctrina de la contención como eje de la estrategia de seguridad nacional. El presidente Harry Truman (1945-1953) lo anunció oficialmente ante el Congreso en enero de 1947. Estuvo en vigor hasta la caída de la URSS, a fines de 1991. Tras los ataques del 11 de septiembre de 2001, EE. UU. se replanteó su estrategia y la orientó hacia la primacía y el unilateralismo.

George Kennan, un experto soviólogo destinado como diplomático a la embajada estadounidense en Moscú, formuló el concepto de contención. Luego de observar el proceso soviético envió, en febrero de 1946, el llamado Telegrama Largo. En ese despacho de

16 páginas, Kennan aseguraba que para “contener” el expansionismo soviético había que usar el poder blando y no intentar la vía militar. Un año después, el texto se publicó en la revista *Foreign Affairs* bajo el título “Las fuentes del comportamiento soviético”. También se conoció como el “Artículo X”, porque Kennan lo firmó con el seudónimo Mr. X. El objetivo de EE. UU., además de “contener” al comunismo dentro de sus propias fronteras, es decir, impedir la expansión del modelo soviético en otros países (sobre todo en el tercer mundo), era también minar la autoridad de la URSS en su área de influencia (Europa Oriental) y, de ser posible, derrotarla para obtener el monopolio total de la toma de decisiones mundiales.

En enero de 1950, dos acontecimientos impulsaron a Truman a militarizar esa estrategia —a contramano de la propuesta de Kennan—: el ensayo nuclear soviético en agosto de 1949, que confirmaba que Moscú poseía esa tecnología, y el triunfo de la revolución de Mao Zedong en octubre del mismo año. El Consejo Nacional de Seguridad redactó el documento NSC-68, que incluía “la ampliación de las fuerzas armadas convencionales, el desarrollo del programa atómico basado en las bombas de hidrógeno para mantener ventaja sobre el arsenal soviético, el aumento de impuestos para financiar los gastos militares, la movilización de la sociedad estadounidense para enfrentar la supuesta agresividad soviética —descartando en gran medida la posibilidad de negociaciones— y el fortalecimiento del sistema de alianzas”. La carrera armamentista estaba en marcha.

En pocas palabras

La Guerra Fría tuvo como consecuencia la polarización del mundo, que se estructuró en función de opuestos mutuamente excluyentes: el capitalismo y el comunismo.